

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XVIII



C. S. I. C.
1981
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XVIII



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1981

SUMARIO

	<i>Páginas</i>
ESTUDIOS	
Las cacerías en la provincia de Madrid en el siglo xiv según el «Libro de la Montería» de Alfonso XI, por <i>Gregorio de Andrés</i>	9
Judeoconversos de Torrelaguna (Madrid) a fines del siglo xv, por <i>Enrique Cantera Montenegro</i>	23
El Monasterio de San Juan de la Penitencia, de Alcalá de Henares, fundación del Cardenal Cisneros, por <i>Carmen Román Pastor</i>	41
Juan y Valentín de Ballesteros, maestros de obras de cantería de la villa de Alcalá, por <i>Miguel Angel Castillo Oreja</i>	69
Juan Correa de Vivar y los retablos del Convento de Clarisas de Griñón (Madrid), por <i>I. Mateo Gómez y M. Díaz Padrón</i>	91
Oficios burocráticos en las obras reales madrileñas (1540-1563), por <i>Luis Cervera Vera</i>	99
Noticias sobre la misteriosa desaparición de la muralla madrileña durante el siglo xvii, por <i>Manuel Montero Vallejo</i>	119
Orígenes históricos del marquesado de Leganés y su primer titular: Don Diego Messía de Guzmán, por <i>M.ª Pilar Corella Suárez</i>	131
Toros en la provincia de Madrid, por <i>Francisco López Izquierdo</i>	137
Datos para un estudio de Madrid en la primera mitad del siglo xvii, por <i>M.ª del Carmen González Muñoz</i>	149
Cristóbal de Aguilera y el desaparecido Convento de los Capuchinos de la Paciencia de Cristo, de Madrid, por <i>José Luis Barrio Moya</i>	187
Pintura y mentalidades en Madrid a finales del siglo xviii, por <i>Jesús Bravo Lozano</i> .	193
La configuración del eje Prado-Recoletos-Castellana (1630-1975), por <i>Carmen Gavira</i> .	221
El palacio como laberinto y las transformaciones de Felipe V en el Alcázar de Madrid, por <i>José Miguel Morán Turina</i>	251
Houasse en la corte de Madrid. Notas y documentos, por <i>Juan J. Luna</i>	265
Nuevo Baztán y el prerreformismo borbónico, por <i>Beatriz Blasco y Francisco J. de Benito</i>	287
El niño expósito: cifras de mortalidad de una inclusa del siglo xviii, por <i>Joan Sherwood</i>	299
La inventiva y las profesiones deshonrosas en el siglo xviii, por <i>Antonina Rodrigo</i> .	313
Francisco Sabatini, autor del Cuartel de las Reales Guardias Walonas de la villa de Leganés, por <i>Virginia Tovar Martín</i>	321

	<u>Páginas</u>
Apunte geográfico-económico de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el año 1752, por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	347
Pedagogía e ilustración españolas. El ideario educativo de los fundadores de la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, por <i>Olegario Negrín Fajardo</i> .	367
Una epístola poética sobre el Madrid de Carlos III, por <i>Enrique Pardo Canalis</i> ...	395
La hacienda del Seminario de Nobles de Madrid. 1785-1808, por <i>Beatriz Martínez</i> .	405
Las Escuelas Patrióticas de Hilazas creadas en la Villa de Madrid durante el reinado de Carlos III, por <i>Dolores Palma García</i>	443
El camino de hierro de Aranjuez: Primeras tentativas, por <i>J. Moreno</i>	457
La legislación penal en Madrid en el reinado de Fernando VII, por <i>J. Antonio García Borrega</i>	479

SEMBLANZAS DE MADRILEÑOS ILUSTRES

El P. Alejandro Aguado, abad general de la Orden de San Basilio Magno, madrileño Ecumenista, por <i>Angel Benito Durán</i>	501
Un antiguo profesor: Andrés Ovejero, por <i>Ramón Ezquerro Abadía</i>	521

TEXTOS

J. Pérez de Montalbán: «Índice de los ingenios de Madrid», edición crítica y estudio, por <i>M. G. Profeti</i>	535
---	-----

INFORMACION

Actividades del Instituto de Estudios Madrileños en 1980	593
Los Centros de Estudios Locales: Su marcha hacia la reagrupación en 1980	595
El Instituto de Estudios Madrileños en la reunión plenaria de Centros de Estudios Locales celebrada en Ciudad Real, por <i>Antonio Aparisi</i>	601

LA INVENTIVA Y LAS PROFESIONES DESHONROSAS EN EL SIGLO XVIII

POR ANTONINA RODRIGO

Con la dinastía borbónica despierta nuevamente España a las innovadoras corrientes europeas, aunque en las postrimerías del siglo XVIII, y, por motivos políticos más que por escrúpulos religiosos, entran en vigor las órdenes antiguas. En ellas se prohibía la venta de libros extranjeros sin permiso del Consejo y la circulación de numerosas obras, insertas o no en el índice de la Inquisición.

El benedictino Feijóo, «espíritu ecléctico y curioso con tendencias al experimentalismo», es uno de los principales mantenedores de la divulgación del saber científico. Desde su cátedra, en la Universidad de Oviedo, y a través de sus escritos, con un lenguaje claro y sencillo, trató de inculcar frente al *status quo* imperante el interés y progreso de las ciencias: la física, la anatomía, la geografía, la historia natural... único medio de desterrar e impugnar la ignorancia y la superstición.

Pero, no era tarea fácil, ni mucho menos rápida la de desarraigar de los espíritus ciertas costumbres de exorcismos y conjuros milagreros del pueblo, máxime cuando la Iglesia era la primera en aprobarlos¹.

Domínguez Ortiz cita que, todavía en 1752, que «en las capitulaciones que la villa de Vera de Bidasoa hizo con los capuchinos para la fundación de un convento se especificaba: «Ytem deberán los religiosos de dicho convento

¹ En las Constituciones sinodales de Segorbe se ordenaba a los párrocos «que moviéndose alguna tempestad acudan al punto a la iglesia a orar y conjurar los nublados, usando de los exorcismos y conjuros aprobados por la Iglesia, y no de otros; no haciendo acciones indecentes y descompuestas. Y si la tempestad fuera tal que necesitasen de otros sacerdotes que les ayuden, llamen a los que fueren beneficiados o acogidos en sus iglesias... y no saquen el Santísimo, sino, quando mucho, le descubran en el tabernáculo, cantando cánticos».

conjurar y tañer la campana de día y de noche en toda ocasión de tempestad». Años más tarde, en 1757, «la Junta para la extinción de la langosta que infestaba el reino de Granada reimprimía un folleto escrito un siglo antes cuyo texto, en latín, era un tejido de grandilocuentes conjuros, reforzados con «fugite, partes adversae», y de ostentosas ceremonias. Dice el autor citado que después de estas fechas cesan las impresiones y reimpresiones de esta clase de obras y las noticias son cada vez más escasas. Pero en 1783, ante una epidemia del ganado, el obispo de Gerona sólo recomendaba «bendiciones y otros remedios espirituales»².

Mucho contribuyeron a atrofiar la opinión popular los almanaques y calendarios, mescolanza de ciencia y superstición, que tanta celebridad dieron al salmantino Diego de Torres y Villarroel, primera figura de la picaresca del siglo XVIII. Tuvo una azarosa vida, fue estudiante, ermitaño, médico-curandero, danzarín, soldado, torero, catedrático de matemáticas y sacerdote. Sus Almanques y pronósticos trataban de: anuncios útiles sobre las fases de la luna, eclipses y mareas, observaciones empíricas sobre cultivos, pronósticos del tiempo, reglas de medicina casera, refranes, sentencias morales y dislates astrológicos. «La enciclopedia de los humildes», llamó Cotarelo Valledor, a esta clase de publicaciones.

Conforme avanza la segunda mitad del siglo va trascendiendo, se va filtrando lentamente el interés por lo científico. Desde la minoría culta, de las altas capas palaciegas y tertulias literarias, hasta el pueblo llano. La curiosidad que despiertan las invenciones, las nuevas ciencias experimentales, la fisicoquímica, contribuyen notablemente a su fomento. Con el mismo carácter de verdadero acontecimiento con que se ha seguido en nuestro tiempo los vuelos espaciales, encuentran en esta época la ascensión de un Montgolfier, globo que se elevaba por medio de aire caliente. Se había iniciado la aeronáutica y el lanzamiento de estos artefactos era un espectáculo de maravilla que asombraba a todos. Creía el espíritu milagrero e ingenuo de nuestro pueblo que volar era propio de ángeles, demonios o brujas. Así que este nuevo invento dejaba boquiabierto a la muchedumbre, que acudía a la pradera en romería a contemplar la exhibición, en un caos de curiosidad e intriga. El interés era general, como se deduce de una carta del conde de Asalto al duque de Osuna con motivo de la ascensión de un globo en Aranjuez: «Ha salido ya el cartel que anuncia la elevación del globo y las providencias tomadas para que la concurrencia haga menos confusión. Me ha hablado el duque de la Roca pidiendo algunos soldados para las noches, por-

² A. DOMÍNGUEZ ORTIZ, *Aspectos de la España de Feijóo*.

que la muchedumbre hace daño en el aparato. Convendría que V. E. diga qué tropa se ha de aumentar a la guardia y sabrá como yo, que se dice que puede que vaya el Príncipe a ver el globo al casón»³.

A las experiencias de los hermanos Montgolfier, sucedieron, en Madrid, las del capitán italiano Vicente Lunardi. El 5 de agosto de 1792, el *Diario de Madrid* publicaba una gacetilla⁴ en la que anunciaba para el día 12 la ascensión de un globo aerostático en los jardines del Buen Retiro. El globo tenía 31 pies de diámetro y estaba formado «de cachos de tafetán carmesí y pagizo». La expectación que produjo el anuncio fue general. Las gacetillas se sucedían cada día, dando disposiciones para garantizar el orden y la compostura del público. Prevenía una de ellas que, «los expectadores que vayan en coche se podrán apea en la puerta de la Glorieta frente al Pósito, y en la principal llamada de aparicio... Los que vayan a pie de Militar, en cuerpo, con capa, y mugeres con mantilla o sin ella, entrarán por la puerta llamada de Pobar... Al entrar las mugeres con mantilla, se baxarán ésta de la cabeza, y los hombres con capa se quitarán el embozo...». Los precios de los boletines de entrada fueron de 24 reales las sillas de primera fila y de 4 para los expectadores que presenciaban de pie la experiencia. La recaudación ascendió a 104.372 reales de vellón. El vuelo duró una hora, y el globo cayó en Daganzo, a cinco leguas de Madrid⁵.

En la publicación mensual de la época, el *Memorial Literario*, proliferan, en la sección de anuncios, explicaciones de inventos, que los lectores seguían con gran curiosidad. Así el artífice francés Guillermo Dubois, residente en la Corte, en la calle de Alcalá, casa n.º 3, frente de las Varonesas, anuncia una máquina cilíndrica de «arambre» de nueva invención para limpiar el

³ Archivo Histórico Nacional. Casa de Osuna.

⁴ «El Rey nuestro Señor (que Dios guarde) se ha servido señalar la tarde del domingo 12 del presente mes de Agosto (si el tiempo lo permitiere) y conceder el jardín del Real Sitio del Buen Retiro, para que en él se pueda echar el globo Aerostático, que su Real Piedad ha dado a los Reales Hospitales General y Piedad de esta Corte, con el piadoso fin de que el producto de la venta de boletines se emplee en la curación de los pobres enfermos de dichos hospitales. La maniobra a vista del público de llenar de gas el globo con el aparato químico se comenzará después de las cuatro de la tarde; y entre 5 y 6, rompiendo cables y tremolando vanderas, volará en el citado globo el Luquense don Vicente Lunardi...»

⁵ «A cosa de las seis menos cuarto —dice el cronista del *Diario de Madrid*—, estando el cielo quasi despejado, y reinando el viento de la parte del Estesudueste al Norueste, subió el aeronáuta al aparato, y después de largadas las amarras, sostenido en un solo pie y sugetándose con una sola mano, se elevó gallardamente. La magestad y pompa con que penetró en los ayres esta máquina presentó el objeto más patético y grato.» Al elevarse el globo, las tres bandas de música, de los tres regimientos que regían la plaza, que amenizaban el acto, interpretarían: «una marcha de gusto compuesta en Londres alusiva al objeto del vuelo, de manera que los sentidos de la vista y del oído lograrán a un tiempo sensaciones agradables».

trigo. «Se compone de tres cilindros o arneros de arambre, un armamento de madera que lo sostiene, y la torva donde se echa el trigo.» La máquina pesaba de 7 a 8 arrobas y se transportaba, de un lado a otro, en un carro o galera. En una hora podía limpiar 30 fanegas de trigo. Su precio era de 40 reales de vellón. Otros anuncios ofrecen: «... formas para fabricar papel de todas marcas, cadenas elásticas para las sopandas de los coches, caretas para catar colmenas y otras para impedir que los que juegan al florete no se maltraten los ojos; redes para antevidrieras; ratoneras de nueva invención...».

Las investigaciones y experiencias «técnicas» tuvieron también creciente auge y su influencia se hizo sentir en todas partes. Así en el teatro se introduce un tipo de diversión pseudocientífica en los géneros: la linterna mágica, la óptica, las sombras chinescas, los títeres de guante, la máquina real... La espectacularidad de las innovaciones acaparaban la curiosidad popular. «En Madrid, el público frecuentaba diversiones de física, de química económica casera, experiencias con máquinas acústicas, catóptricas e hidráulicas, demostraciones con globos aerostáticos, juegos matemáticos y exhibiciones de autómatas»⁶. Por un cuarto, en las calles de la villa, se podían admirar las demostraciones de cámaras oscuras, cajones catóptricos, ópticas y dióptricas. La «linterna mágica» exigía, en cambio, ser exhibida en teatricos o en salones de casas particulares. Entre las escenas preferidas figuraban las vistas de ciudades extranjeras, de toros y de fuegos artificiales. El cómico Francisco Calleja, perteneciente a la compañía de María Hidalgo, anunciaba «una linterna mágica muy particular y poco común, pues despide una luz de más de 18 palmos en óvalo, en el que se ven hermosas perspectivas de jardines, templos, ciudades, marinas, cacerías, fieras y figuras, tan extrañas, como mover los ojos, etc.»⁷. De Oriente llegaron las sombras chinescas, que eran títeres de dos dimensiones, recortados, de cartón, que se proyectaban en una pantalla. En 1787 se anunciaba «una máquina de sombras chinescas, en que se ejecutaban retazos de comedias de magia, dando principio con "La Marta aparente", y sus transformaciones, vuelos y mutaciones».

El teatro, a modo de gacetilla curiosa de la época, no quedaba al margen de ningún acontecimiento, invento, ni experiencia. Los compositores se apresuraban a poner en solfa las nuevas experiencias. En el teatro de Navidad

⁶ S. E. VAREY, *Títeres, marionetas y otras diversiones populares de 1758 a 1859*, Instituto de Estudios Madrileños, pág. 8.

⁷ *Ob. cit.*, pág. 10.

de 1783, don Pablo Esteve escribió para María Antonia Fernández, la «Caramba» y Miguel Garrido la tonadilla «La conducta de los majos». En la graciosa piececilla musical había una tirana llamada la «Tirana del Gas», que con gran sandunga informaba:

El inglés ha descubierto
el andar debajo del agua,
el francés ir por el aire
y yo por la tierra llana.
Tirulirulí,
Tirulirulá
que se inflama el aire
que llaman de gas...

En la tonadilla «Los consejos», del mismo autor, se cantaba:

Alterose la Corte
por ver un globo
que echaron la otra tarde
ciertos curiosos...
... ..
Para subir en un globo
tienen prevenido un burro,
a cuyo paso discurro
no le ha de alcanzar el lobo.
Más este estupendo arrobo
aún no le dio en el hocico.
Pero yo me ratifico;
que es arcano más perfecto
que se quede sin efecto
el ascenso de un borrico.

Las profesiones deshonrosas

La orquesta era muy reducida en los primeros años de la tonadilla escénica. Se componía únicamente de violines, trompas y bajo. Pero, a medida que la tonadilla va adquiriendo importancia, amplía la participación instrumental: violines, violas, flautas, oboes, clarinetes, fagotes, trompas, trompetas y timbales, se incorporan de una manera habitual. Dice Subirá, en su obra *Tonadillas teatrales inéditas*, que a estos instrumentos se sumaba siempre el clave, aunque los manuscritos, aceptando la costumbre establecida entonces por doquier, no escribían más que el bajo. El clavista o maestro al cémbalo, improvisaba ese refuerzo instrumental en cada caso, con suje-

ción a ciertas prácticas que el desuso ha hecho caer en el olvido. A fin de dar mayor carácter a ciertos números exigíase para algunas obras un instrumento especial: flautín, guitarra o vihuela, vandolín o bandolín, salterio, gaita gallega, gaita zamorana, dulzaina, sonajitas, zambombas, panderos, tambores, etc. Asimismo, en determinados números los oboístas —que pronto formaron parte de la plantilla en las orquestas de los coliseos madrileños— sustituían los oboes por flautas, y los trompistas las trompas por clarines, de acuerdo con las exigencias del compositor, cuando éste buscaba mayor variedad sonora o mantenía su firme adhesión al realce del expresivismo musical; siempre lozano en nuestro teatro lírico, aun tratándose de obras insignificantes por su exigua monta.

Conocemos el número de músicos que componían las orquestas de los teatros de la Cruz y el Príncipe, en el año de 1782, por un memorial presentado al Consejo de Castilla. Los 22 músicos de los coliseos de Madrid acudieron al alto organismo «en solicitud de que se declarase que no estaban incurso en los casos de infamia legal previstos en las Leyes del Reino». El motivo de esta solicitud fue que uno de los músicos vio rechazada su pretensión matrimonial por el padre de la joven. Alegaba que estaba infamado y no quería que tal mancha recayese sobre su familia. El músico obtuvo certificado de que ni él ni sus compañeros padecían infamia «de hecho ni de derecho»¹.

Los años de 1782 y 1783, al menos de manera oficial, son decisivos para la valoración de las artes manuales y mecánicas, tan descalificadas socialmente. No obstante las Reales Cédulas, dictadas por el Consejo de Castilla, estableciendo dignidad a ciertas profesiones tenidas por deshonorosas, siguieron apareciendo infamadas a los ojos de la sociedad. Esto ocurría con los oficios de taberneros, caldereros, peltreros, amoladores... Dada la aversión que inspiraban estos empleos, el país estaba invadido por extranjeros que ejercían, en gran parte, los oficios y artes útiles. El autor de *Voyage d'Espagne*, calcula en 20.000 los artesanos franceses que había en Madrid, en el año 1700, y en Sevilla el número era aún mayor. Por la misma razón, dice Domínguez Ortiz, que buena parte de los herreros, esquiladores, carniceros y mesoneros eran mulatos y gitanos. Refiere este autor, en su indispensable obra *La sociedad española en el siglo XVIII*, que ciertas ordenanzas gremiales excluían a los que habían ejercido profesiones tenidas por deshonorosas. En los registros del Consejo de Castilla aparecen peticiones bastante

¹ A. DOMÍNGUEZ ORTIZ, *La sociedad española en el siglo XVIII*, Instituto Balmes de Sociología, 1955, pág. 220.

curiosas; en 1773 la Hermandad de las Tres Caídas, de Sevilla, solicitaba que los hijos y descendientes de cocheros no les obstara esta circunstancia para que pudiesen entrar en cualquier oficio o profesión; en 1776, los zapateros de la obra gruesa, de Jaén, pedían que se declarase que su oficio «no es denigrativo, sino honroso, menestral y útil», y no les impidiera ejercer los ministerios de la República; en 1789, un alguacil de Murcia se dirigía a dicho alto organismo con objeto de que su hijo pudiera abrazar el estado religioso.

Las Sociedades Económicas, con la creación de numerosas escuelas técnicas, contribuyeron eficazmente a la desaparición de estos prejuicios, que tanto obstáculo significaban para impulsar las actividades industriales y mercantiles. Los curtidores tenían mala fama en todas partes, pero en Galicia estaba tan vituperado el oficio que su total abandono constituía un grave problema. Se debe a don Pedro Antonio Sánchez, beneficiado de la iglesia de Santiago de Compostela, un estudio sobre aquella región, en el que se atribuía parte de la miseria reinante al abandono del mencionado empleo. El escrito llegó a conocimiento del Monarca, que tras obtener informe favorable del Consejo de Castilla, fue este el punto inicial para la famosa Real Cédula de 1783. En ella se promulgaba que no se perdía la hidalguía por dedicarse al trabajo industrial, antes era un mérito para obtener cargos en el gobierno de los municipios y para ganar consideración social.

Dos profesiones muy descalificadas, a pesar del creciente auge que alcanzan en la segunda mitad del siglo XVIII, eran las de cómico y torero. El motivo principal: ser remunerados por ejercer una profesión que servía a la diversión del pueblo. Una vieja ley romana lo calificaba de infamia, en el sentido jurídico de la palabra. El ejercicio de lidiador se asimilaba al de carnicero o matarife, en la época muy degradado. Dada la popularidad que llevaban consigo estas dos profesiones acabaron ennoblecidas, al conquistar el aprecio de la sociedad.

Una pragmática de 19 de septiembre de 1783, protegía la condición social de los gitanos. Considerándoseles dignos de ejercer cualquier oficio, con derecho a formar parte en comunidades y gremios, como ciudadanos que «no proceden de raza infecta». Pero, sabido es, que hay cuestiones, que no se resuelven por vía legislativa.

A estos problemas sociales hay que sumar el muy importante de la ociosidad. Una de las preocupaciones primordiales de los estadistas y políticos del siglo XVIII, en particular los de Fernando VI y Carlos III, fue el gran número de hombres útiles que vivían ociosos. Integraban esta plaga del país: religiosos, en número excesivo; nobles, a los que su alcurnia les prohibía

trabajar, y sus criados y servidores, que suponían un verdadero ejército⁹; y pordioseros, que vivían de la franca mendicidad o «explotando las diferentes tretas del hampa»: curanderos-sangradores; santones, milagreros y supersticiosos; mendigos rezadores... Laborde calcula en 125.000 el número de religiosos; en 478.000 el de nobles e hidalgos, y en 276.000 el de servidores, pajes y fámulos, que como sabemos por la literatura coetánea, eran la preza de la truhanería, abastecedores de prisiones y galeras.

⁹ Con motivo de la boda del hijo primogénito del conde de Tendilla, con la hija de los marqueses de Villafranca, conocemos la nómina de la servidumbre, veamos sus categorías: Capellanes, Secretarios, Contador, Mayordomo, Caballerizo, Criados mayores, Gentiles hombres, Oficiales de Secretaría y Contaduría, Médicos, Pajes, Arquitecto, Cirujano (Abogados, Escribanos, Tesorero, Escribano de diligencias), Ayudas de Cámara, Metrodotel, Picador Axentes (francés), Guardarropas, Cocinero, Repostero, Cuatro ayudas de repostería y cocina. También se dio vestido «a los oficios de la casa que sirvieron en la boda: Herrador, Sastre, Dorador, Bordador, Maestro de coches, Vidriero, Maestro de Obras, Guarnicionero, Cardanero, Relojero», y a distintos dependientes de la casa y jubilados.—MARQUÉS DE ARIANY, *Revista de Historia y de Genealogía española*, Madrid, junio 1917.